

Análisis crítico de los *testimonios del pase* a la luz del concepto de *prácticas de subjetivación*

*Critical analysis of the testimony of the pass
at the light of the concept of subjectivation practices*

Vallejo, Mauro¹
Vitalich Sallán, Pablo²

¹Becario del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología. Licenciado en Psicología, doctorando por la Facultad de Psicología de la UBA. Docente en la Cátedra I de Historia de la Psicología, UBA. Miembro del Proyecto UBACyT (2008-2010) “El dispositivo “psi” en la Argentina (1942-1976): Estudios de campo y estudios de recepción” (P004). Autor de los libros *Incidencias en el psicoanálisis de la obra de Michel Foucault* (Letra Viva, 2006) y *Los miércoles por la noche, alrededor de Freud* (Letra Viva, 2008). Editor, junto con Omar Acha, del libro *Inconsciente e Historia después de Freud. Cruces entre filosofía, psicoanálisis e historiografía* (Prometeo, 2010).

E-Mail: maurosvallejo@gmail.com

²Lic. en Psicología. Becario de Doctorado CONICET. Doctorando de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Docente del CBC. Fe co-director del Proyecto: “El problema de la individuación en Gilles Deleuze. Del empirismo humeano a la teoría del pliegue en Leibniz”, perteneciente al Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Becario Tesista del Proyecto P061 (Programación 2008-2011) “Equilibraciones cognitivas y sociabilidad: aportes de la semiótica narrativa y de la egología jurídica para la comprensión de los factores que conducen el desarrollo cognitivo”.

E-Mail: pablovitalich001@yahoo.com

RESUMEN:

ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS TESTIMONIOS DEL PASE A LA LUZ DEL CONCEPTO DE PRÁCTICAS DE SUBJETIVACIÓN

En el siguiente trabajo expondremos los resultados preliminares de una primera exploración de los testimonios del pase. En términos generales, dichos testimonios consisten en una práctica discursiva por medio de la cual individuos dan cuenta tanto de su experiencia y final de análisis, como del pasaje por el dispositivo del pase. Nuestro propósito es caracterizar, describir, y analizar críticamente este material en vistas a delimitar el campo y la modalidad de subjetivación que instituyen. En esta dirección, nos detendremos específicamente en tres grandes núcleos problemáticos: a. la función del concepto de “La Escuela”; b. la función de veridicción de dicho dispositivo y c. la presencia fuerte de teoría en la producción de los discursos mediante los cuales tematizan su sí mismo.

Palabras clave: Lacan - Foucault - Subjetivación - Pase

ABSTRACT:

CRITICAL ANALYSIS OF THE TESTIMONY OF THE PASS AT THE LIGHT OF THE CONCEPT OF SUBJECTIVATION PRACTICES

In the following work we will show the preliminary results of an initial exploration of testimonies of the pass. In general terms, said testimonies consist of a discursive practice through which the individuals recount as much about their experience and the ending of analysis as the passage through the device of the pass. Our purpose is to characterize, describe, and analyze critically this material in order to demarcate the field and the modality of the subjectivization that it is imposed. With this purpose, we will keep ourselves specifically in three important but problematic nuclei: a.) the function of the concept of “The School”; b.) the veracity of said device; c.) and the strong presence of theory in the production of discourses through which they conceive themselves.

Key words: Lacan - Foucault - Subjectivation - Pass

I. INTRODUCCIÓN

En sintonía con la creciente atención que se ha prestado a la obra de Michel Foucault en los últimos años por parte de la filosofía política, los estudios de género o la historia de la sexualidad, diversos autores han retomado el análisis de los puentes que cabe establecer entre el pensamiento del filósofo francés y la disciplina psicoanalítica¹. La oportuna edición de los cursos del *Collège de France* dedicados a temáticas afines a la labor freudiana (fundamentalmente *Los anormales* y *El poder psiquiátrico*) relanzó el interés por localizar, tanto por parte de psicoanalistas como de historiadores, de qué modo Foucault sugería construir genealogías del discurso freudiano. Del mismo modo, la aparición de los últimos cursos, abocados al estudio de las técnicas de sí y la ética (*La hermenéutica del sujeto* y *El gobierno de sí y de los otros*), abonó el terreno para que diversos psicoanalistas adujeran las resonancias o isomorfismos aprehensibles entre las prácticas de subjetivación caracterizadas por Foucault y las operatorias que estarían en juego en la labor del análisis, sobre todo el guiado por las teorías lacanianas².

Si bien es imposible impugnar la legitimidad de esta última empresa, sí cabe expresar la siguiente reserva. Tales comparaciones intentan buscar un diálogo entre la filosofía de Foucault y el psicoanálisis allí donde justamente el filósofo raramente abordó el razonamiento freudiano. Más aún, se procede como si Foucault nunca antes se hubiese ocupado de Sigmund Freud y su legado. En tal sentido, nuestro escrito tiene el designio de demostrar que los desarrollos acerca de la *subjetivación* permiten efectivamente ensayar un vaso comunicante entre Foucault y el psicoanálisis; empero, esa conexión es propuesta aquí bajo una modalidad distinta, poco explorada anteriormente. De hecho, estas páginas presentan las conclusiones extraídas de una investigación acerca de los *testimonios del pase* proferidos por los psicoanalistas que se sometieron con éxito al procedimiento instaurado por Lacan en 1967. En consonancia con ello, este trabajo realiza, primero, una lectura de esas producciones discursivas utilizando las herramientas conceptuales de Foucault referidas a las técnicas de subjetivación; es decir, se intenta responder a los interrogantes que él formuló en sus análisis de la ética antigua: ¿mediante qué prácticas se construye el sujeto según esos testimonios?, ¿qué operaciones de modificación del sí mismo estarían en juego en el análisis?, ¿qué relación al saber, a la verdad, a los otros, se refleja en esa modalidad de subjetivación? En segundo lugar, nuestra labor intenta demostrar que los resultados de esa indagación permiten releer muchos de los enunciados críticos que Foucault produjo acerca del psicoanálisis durante la década del 70. Más aún, el “sujeto efecto del psicoanálisis”, la “subjetivación” efectuada por el análisis, se condice bastante con los planteos de dos pensadores que reflexionaron en esa misma época acerca de la temática freudiana de un modo estrechamente emparentado con la filosofía de Foucault: Gilles Deleuze y Robert Castel.

II. UNA CAJA NEGRA: ESPIRITUALIDAD O ESCUELA

En continuidad con lo anterior, podríamos decir que todo nuestro trabajo se mueve en la distancia existente entre dos declaraciones de Michel Foucault; todo cuanto habremos de afirmar está de alguna forma inspirado y sustentado por dos citas extraídas de dos momentos distintos del derrotero de la producción del filósofo francés. La primera de ellas pertenece a la clase dictada el 6 de enero de 1982 en el *Collège de France*. En ella es posible hallar uno de los pasajes que claramente legitiman la inscripción del psicoanálisis dentro del proyecto de Foucault acerca del estudio de las técnicas de subjetivación. De hecho, la disciplina freudiana es descrita como uno de los más recientes movimientos tendientes a rescatar una dimensión esencial de la inquietud de sí (*Epimeleia heautou*). Si se define a la *espiritualidad* como "...la búsqueda, la práctica, la experiencia por las cuales el sujeto efectúa en sí mismo las transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad" (Foucault, 2001; p. 33), el psicoanálisis sería, junto con el marxismo, un medio por el cual se retoma actualmente esa exigencia reprimida por la modernidad: solo mediante una transformación de sí mismo el sujeto puede acercarse a la verdad. En tal sentido, Foucault agrega el fragmento que nos interesa:

"Lo que sucedió es, desde luego, que ninguna de estas dos formas de saber consideró muy explícitamente, de manera clara y valerosa, este punto de vista. *Se intentó enmascarar esas condiciones de espiritualidad propias de estas formas de saber dentro de una serie de formas sociales*. La idea de una posición de clase, de efecto de partido, la pertenencia a un grupo, la pertenencia a una escuela, la iniciación, la formación del analista, etcétera, nos remiten sin duda a las cuestiones de la condición de la formación del sujeto para tener acceso a la verdad, pero se las piensa en términos sociales, en términos de organización. No se las piensa en el filo histórico de la existencia de la espiritualidad y sus exigencias. Y al mismo tiempo, por otra parte, *el precio pagado por trasponer, reducir esas cuestiones "verdad y sujeto" a problemas de pertenencia (a un grupo, a una escuela, un partido, una clase, etcétera) fue, desde luego, el olvido de la cuestión de las relaciones entre verdad y sujeto*. Y me parece que todo el interés y la fuerza de los análisis de Lacan radican precisamente en esto: que él fue, creo, el único desde Freud que quiso volver a centrar la cuestión del psicoanálisis en el problema, justamente, de las relaciones entre sujeto y verdad" (Foucault, 2001; pp. 43-44; el destacado es nuestro)

De esa cita nos importa retener no tanto el hecho de que Foucault explícitamente avala la posibilidad de localizar al psicoanálisis en la historia de las técnicas de inquietud de sí, sino el modo en que plantea que la propia disciplina puede apropiarse de su naturaleza. De hecho, el interrogante que se despliega en esa clase es esencial para nuestra investigación: ¿no puede acaso el psicoanálisis olvidar o reprimir su estatus de práctica de subjetivación (transformadora de la relación del sujeto con la verdad) al centrar toda

su atención en pertenencias institucionales e intereses corporativos? Si, al menos a nivel de la doctrina, es justo aseverar que la teoría de Lacan apuesta por la recuperación de eso que Foucault denomina *espiritualidad*, ¿qué sucede en la práctica?, ¿qué sucede en los análisis que los seguidores de Lacan llevan a cabo?; ¿qué aspecto sobresale en los testimonios de sujetos que atravesaron hasta su conclusión la experiencia del análisis? ¿Queda enfatizado en esos relatos la forma en que el sujeto se modifica a sí mismo para aprehender de otro modo la verdad?, ¿o por el contrario ocupan el centro de la escena elementos que obturan o impiden, según los términos de Foucault, ese trabajo de inquietud de sí? En resumen, ¿qué tipo de sujeto se deslinda de los testimonios del análisis? El sujeto producido por el análisis, ¿da fe de la operatoria de las exigencias de la *espiritualidad* o más bien se decanta como el resultado y guardián de las instancias que según Foucault borran u opacan el hacer de aquella? El hecho de que busquemos una respuesta a esas preguntas no en la teoría misma, sino en fragmentos discursivos menos “puros”, más frágiles, es, sin lugar a dudas, un modo de ser fiel al proceder del filósofo francés.

La segunda cita que atraviesa nuestra indagación se halla en un escrito menor de Michel Foucault, en un pequeño texto publicado en marzo de 1973 en *Le Nouvel Observateur*. Se trata de un comentario acerca del relato de una experiencia que había tenido lugar en Estados Unidos, en la cual unos sujetos “normales”, luego de haberse hecho pasar por locos e ingresado a un hospital psiquiátrico, demostraban cómo cualquier conducta que realizaran durante su encierro era leída por los médicos como un signo de su locura. Foucault dedica su texto a criticar el poder psiquiátrico, y afirma que es necesario multiplicar ese tipo de experiencias:

“En todos los lugares donde el poder se oculte bajo la apariencia del saber, de la justicia, de la estética, de la verdad, del interés colectivo, es necesario poner una pequeña caja negra, a la vez trampa y revelador, en la cual el poder se ponga al descubierto y se encuentre preso en su propio juego” (Foucault, 1973; p. 418).

Ahora bien, nuestra empresa busca reproducir en cierto sentido esa puesta al descubierto. Utilizamos los testimonios que algunos analistas han dejado acerca de su análisis como una *caja negra*, es decir con un fin que sus autores considerarían seguramente como espurio. Pues lejos de buscar en esas páginas el indicio de la validez de la teoría lacaniana (acerca del deseo, del fantasma o del concepto que fuere), las utilizamos para reconstruir qué tipo de subjetivación produce el análisis. Y habremos de comprobar que para encarar ese problema se vuelve ineludible una toma en consideración de las relaciones de poder que se desencadenan en esa escena.

III. BREVE UBICACIÓN HISTÓRICA DEL DISPOSITIVO DEL PASE.

A los fines de proseguir nuestra labor, y siendo que nuestra investigación trabaja con los testimonios que responden al dispositivo del pase instaurado por Lacan en 1967, es menester, primero, ubicar a ese dispositivo en la tradición que lo antecede (ligada a ciertos núcleos conflictivos del funcionamiento de la disciplina freudiana), y segundo, bosquejar una sucinta descripción del mismo.

Desde un punto de vista histórico, sería acertado sostener que dos temáticas preocuparon a la disciplina psicoanalítica, si no desde el albor de la formulación del nuevo saber, sí al menos desde que se inicia su difusión y expansión. Nos referimos con ello a dos problemas que desde un comienzo se han planteado en íntima relación: la formación del analista y la constitución de sociedades o instituciones psicoanalíticas. A partir del momento en que el discurso psicoanalítico empezó a interesar a los primeros discípulos, y siendo que Sigmund Freud rápidamente comprendió que su innovación no debía ser reductible a la enseñanza médica universitaria, emergió naturalmente el interrogante acerca de quién podría ejercer el nuevo método, y sobre qué procedimientos debían regular la institucionalización de la novel disciplina. No es nuestro objetivo aquí reconstruir en detalle ese derrotero histórico, pero recordemos que la dimensión que atañe a la conformación de sociedades psicoanalíticas (cuyos gérmenes han de ser hallados en la inauguración de las reuniones de la *Sociedad Psicológica de los Miércoles* en noviembre de 1902) antecedió en muchos años a la explicitación de criterios que rigiesen la formación del analista. En efecto, si bien en escritos anteriores a la *Primer Guerra Mundial* Freud ya recomendaba el análisis con un analista previamente formado como el medio ideal para devenir psicoanalista (Freud, 1912: pp. 116-117), será recién en 1925, en ocasión del Congreso de Bad Homburg y como fruto de una moción propuesta por Max Eitingon, cuando el análisis didáctico será instituido como instancia necesaria y obligatoria para todo aspirante (Sánchez-Barranco Ruiz, Sánchez-Barranco Vallejo & Balbuena Rivera, 2002).

En tal sentido, cabe afirmar que lo resuelto en 1925 sentó los cimientos del mecanismo de la formación del analista. Ello no quiere decir que el asunto no haya sido desde entonces revisado y sometido a controversias, cuyo ejemplo más célebre y duradero ha sido la extensa discusión acerca de la posibilidad de que los no-médicos ejercieran la nueva profesión (Leopold-Löwenthal, 1990). De todas maneras, es dable postular que las múltiples reformulaciones de la teoría psicoanalítica, efectuadas ya fuere por Melanie Klein, Anna Freud, Otto Kernberg o Heinz Kohut, no han alterado sustancialmente los lineamientos concernientes sea a la formación didáctica, sea al funcionamiento de las sociedades agrupadas en torno de la *International Psychoanalytical Association*. Por supuesto que sus innovaciones doctrinales han tenido un fuerte impacto en la práctica de los análisis; empero, sus nuevos conceptos o teorías no han perseguido mayormente modificar lo decidido a instancias de Eitingon.

En consonancia con esto, podemos aseverar que una de las principales rupturas introducidas por el psicoanalista francés Jacques Lacan residió precisamente en el problema que nos ocupa. De hecho, su inten-

to de reforma enunciado en 1967 (Lacan, 1967a) tenía como designio una radical modificación tanto de la organización interna de las sociedades psicoanalíticas como de la formación del analista. Tal y como es sabido, el mecanismo del *pase* resumía y encarnaba los principales objetivos de renovación buscados por Lacan. Entre ellos se contaban, primero, acabar con el anquilosamiento institucional merced al cual los analistas más antiguos, y gracias al mero paso del tiempo, ocupaban posiciones jerárquicas instituidas³; segundo, cuestionar uno de los postulados entonces reinante acerca del fin del análisis, según el cual el paciente concluye su experiencia a través de una identificación con algún rasgo de su analista⁴; tercero, y en continuidad con lo anterior, desterrar una práctica que Lacan consideraba nociva, por la cual el análisis didáctico se transformaba en un simple y paciente adoctrinamiento del aspirante, donde el sesgo pedagógico de la experiencia podía opacar el afán de modificación subjetiva⁵. Estos y otros objetivos eran amparados por la compleja teoría que Lacan comunica en los polémicos textos de 1967. Desde entonces, y aún hoy, los agrupamientos psicoanalíticos que siguen la enseñanza de Lacan han discutido extensamente la factibilidad de la propuesta del maestro, y en tal sentido han aceptado o rechazado el procedimiento del *pase* en consideración de los resultados que de él se desprendían.

En cuanto a la descripción del dispositivo, no podemos aquí más que enunciar sus rasgos esenciales. El *pase* consiste en el procedimiento mediante el cual un sujeto (llamado pasante), luego de atravesar su análisis, y a los fines de devenir *Analista de Escuela* (AE), relata su experiencia analítica a otros (pasadores), quienes a su vez están encargados de dar testimonio de aquel análisis ante un jurado, quien debe determinar si efectivamente ha habido fin de análisis. Hay muchos detalles que podrían ser mencionados, pero bástenos con recordar que la finalidad esencial del dispositivo -o al menos el objetivo que Lacan perseguía con su instauración- era poder obtener un saber formal acerca del fin de análisis.

Nuestra investigación se propone justamente analizar dicha temática de un modo particular. En primer lugar, no haremos recaer el énfasis de la exégesis en la teoría misma del *pase*; más que analizar qué dice aquella, quisiéramos estudiar una serie de discursos que responden y son el resultado práctico de la implantación del procedimiento. Así, indagaremos el contenido de un material especial, conformado por los así denominados *testimonios* proferidos por los analistas que se han sometido ya a la experiencia del *pase*, los cuales están destinados a dar cuenta, sea de su pasaje por el *dispositivo del pase*, sea del modo en que han atravesado su final de análisis. En este escrito en particular analizaremos numerosos testimonios de analistas pertenecientes a la *Escuela de la Orientación Lacaniana* (EOL, Buenos Aires), publicados en revistas, libros y páginas web. La elección de dicho *corpus* responde fundamentalmente a que la institución en cuestión es sin lugar a dudas la que más atención ha prestado al tópico que aquí nos interesa, y por ende, más bibliografía ha producido al respecto⁶.

Tal y como ha sido adelantado más arriba, buscaremos en los testimonios del *pase* los indicios que tengan a bien ilustrar el tipo de subjetivación que se construye a lo largo de un análisis. Es decir que los enunciados testimoniales serán analizados en función del modo en que reflejan las prácticas de subjetivación que se ponen en funcionamiento en el dispositivo psicoanalítico.

IV. ANÁLISIS DE LOS TESTIMONIOS: LA CUALIFICACIÓN DEL DESEO.

Por lo antes dicho, debe quedar claro que desde ningún punto de vista pretendemos situarnos en la posición de dictaminar si efectivamente se trata, en cada caso, de un final de análisis, ni tampoco efectuar una lectura clínica del material. Tal y como adelantamos en la sección anterior, partimos del presupuesto de que la experiencia de análisis puede ser conceptualizada en términos de una práctica de subjetivación. Es decir, como un dispositivo a partir del cual los individuos se constituyen, se producen y se transforman alrededor de la problemática de su verdad, y en función de un conjunto de inquietudes que los definirían prácticamente (esto es, su relación con los otros, el placer, el deseo, el cuerpo, etc.). Creemos entonces que es posible dirigir a estos testimonios una serie de interrogantes relativos a cuál es el conjunto de transformaciones significativas que los sujetos rescatan como habiendo sido realizadas durante el análisis, y gracias al cual han logrado abordar de otro modo aquellas inquietudes originales. Con un afán que no deja de ser crítico, nos proponemos analizar algunos de los núcleos discursivos que ilustran el tipo de subjetividad de la que dan cuenta estos relatos testimoniales. En particular trabajaremos dos elementos que recorren y subtienden muchos de los testimonios que conforman nuestro *corpus*: relación al saber psicoanalítico, relación a la institución al interior de la cual dan cuenta del pasaje por el análisis⁷.

IV. a. Dirijamos la mirada hacia una primera cuestión. Si hay algo que organiza explícitamente gran parte de este material discursivo es la reflexión en torno a “La Escuela” como escenario, horizonte y trasfondo del análisis. Más allá del ropaje retórico con que estos discursos pretendan hacer de ese elemento un concepto, es válido formular un interrogante sencillo: ¿Por qué razón en los testimonios que deberían dar cuenta del derrotero de singularización aparece a cada momento, de manera casi obsesiva, la referencia al marco institucional que enmarca el proceso? Veamos un primer fragmento:

“Al final del análisis el sujeto abandonaba el vínculo que lo unía con Otro abstracto y sin cuerpo -la computadora padre ideal- para hacer uso de ese mismo instrumento que ahora me enlaza de un modo novedoso con Otro corporeizado y con vida. He aquí que hoy ya no es con la computadora, sino con el partenaire, con ella: La Escuela” (Naspartek, 2007: p. 37).

En otro testimonio, cronológicamente anterior, se reitera esta ubicación de la Escuela como objeto de vínculo subjetivo: “Situada la Escuela como un partenaire, un síntoma, esta pareja que yo tenía pasa de ser sostenida como sitio de la impotencia a fundar un lugar posible” (Dargenton, 2000a: p. 29).

El hecho de que la Escuela aparezca repetidamente como objeto al que la subjetividad queda ligada, es paralela a su polisemia conceptual: asume los más variados tintes, ya fuere objeto de deseo, ya objeto que encarna mandatos yóicos, ya como aquel que motoriza la responsabilidad individual. En esta dirección, una primera variante consiste en postular la existencia de algo así como un “deseo de pase”, es decir un

deseo que reconoce como objeto un mecanismo inherente al desenvolvimiento institucional de la escuela. No es difícil equiparar un presunto “deseo de pase” con un deseo que tiene como elemento a la Escuela, funcionando en tal sintagma el mecanismo instaurado en 1967 como una mediación o máscara de un deseo por la Institución⁸:

“Lo que mueve el análisis del lado del analizante no es en ningún momento un deseo de saber (...) Pero si las inhibiciones, los síntomas y la angustia, han terminado ¿qué lo sostiene para seguir? En el paciente nada; es el deseo del analista en el analista. Yo diría el deseo de pase. (...) Porque una Escuela que ofrece el pase, permite a un sujeto llegar a su final y decidirse a ir más allá. Agrega al análisis terapéutico una nueva etapa que implica el intento de llegar al pase” (Barros, 1996: p. 21)⁹.

Detengámonos sobre el emplazamiento enunciativo que adquiere La Escuela en esta última frase: *permite a un sujeto llegar a su final y decidirse a ir más allá*. En primer lugar, la escuela aparece como la condición, como aquella instancia que ofrece la posibilidad de llevar el análisis a su verdadera resolución y consumación. El *decidirse* da el tono épico del enunciado: se trata de una apuesta, un riesgo, un desafío que requiere e interpela al valor del sujeto. Se presenta como un mecanismo de privilegio en el mercado de la realización subjetiva, y este acto por medio del cual la Escuela detenta este poder-hacer aparece reconocido y consagrado en el marco de un testimonio singular. Más aún, bajo estas condiciones discursivas y conceptuales se vislumbra que un análisis que avanza hacia su resolución no puede producir otra cosa que un analista, y un analista que desea ingresar a la Escuela.

Por otra parte, nótese que ya en esa afirmación se perfila sin dificultad una suerte de mandato implícito, que luego veremos aparecer en otros testimonios, pues ese “más allá” denotado por el pase menoscaba retrospectivamente el valor de un fin de análisis que no sea acompañado por el mecanismo propuesto por Lacan en 1967, haciendo de este último un ideal que, como tal, se tornará fácilmente un objeto persecutor.

La elevación del pase al lugar del ideal (persecutorio) puede desencadenar enunciados como el que ahora revisaremos, en el cual se presenta, en un primer caso, al sujeto en posición de renunciar a algo, de ceder alguna posesión en beneficio de la Escuela: “Pedir el pase en la EOL fue la respuesta a si aceptaría o no, a entregar a la Escuela, ese saber certero que la experiencia analítica había ordenado para que se haga transmisible a otros” (Dargentón, 2000a: p. 29). En un segundo caso, visible en numerosos testimonios, lo que prima explícitamente no es tanto el cariz de resignación subjetiva, sino mayormente la declaración de compromiso, por la cual el sujeto reconoce en el pase un reforzamiento de su responsabilidad para con el bien de la institución, es decir resulta en una credencial de fidelidad: “Luego se verá cuáles son los efectos si algo de ello se puede transmitir, haciendo avanzar el psicoanálisis y apostando a una responsabilidad por el progreso de la Escuela” (Fefer, 2000: p. 26). En ulteriores testimonios de la misma autora se insiste en el mismo sentido:

“Este momento del análisis, se acompañó de un interés novedoso para el parlêtre respecto de la Escuela y su política. Quedó dicho en sesión: “¡La Escuela me pertenece! ¡La Escuela es mi cosa! Lo

“exterior” venía al centro de la estructura, se instalaba allí el vacío, y en él lo inscripto como aquello más propio, íntimo y éxtimo a la vez”¹⁰ (Fefer, 2003: p. 53).

“Todo esto que se articuló a la discusión respecto del Uno que ocurría por aquel entonces en la AMP, dio el espacio para un nuevo interés en el sujeto, acerca de los destinos de una política de Escuela, interés novedoso. Lo nuevo era este lazo a la Escuela; cierta responsabilidad por su progreso, por lo que hacía a la política de Escuela” (Fefer, 2000: pp. 32-33).

Resignación, compromiso y responsabilidad, la Escuela como “*mi cosa*”, como la verdad y pliegue interior causa del deseo: en todos estos casos, la estructura interna que da vida a estos enunciados es el síntoma de una subjetividad esencialmente dócil que encuentra *su razón* en un contrato que se articula alrededor del vínculo institucional.

Ahora bien, se nos podría replicar que nada tiene de sorprendente ese tipo de afirmaciones, pues esa posición de la Escuela podría corresponder a las coordenadas singulares de un individuo en particular. No obstante, la objeción pierde asidero cuando se atiende, primero, a que la ligazón a ese objeto institucional se reitera en la mayoría de los testimonios, y segundo, que en muchos casos la misma es planteada en términos de un ideal, es decir, como un modelo a seguir. Para ilustrar este último punto citaremos el siguiente fragmento, donde se constata la presuposición según la cual un final de análisis resulta en un vínculo necesario, *irremediable*, con la Escuela:

“Así es que me interrogué sobre el uso que como analizante hice de la experiencia analítica a medida que ella avanzaba. (...) Pero también, me interrogaba el uso que cada quien hace de lo que lo encontré en el final y de las consecuencias que de ello pudo deducir. Tratar esto nos conduce irremediablemente al modo que toma el enlace a La Escuela, y quizá, demostrar el desplazamiento que va del «uso de un psicoanálisis» al «uso del AE »” (Dargenton, 2001: p. 21).¹¹

Una segunda objeción podría consistir en tomar a la “Escuela” concernida en los testimonios no tanto como un objeto preciso y material, sino más bien como un universal, una Idea, es decir como una categoría vacía que podría ser llenada con diferentes objetos. De todos modos, basta con leer en detalle la última cita para comprender que aquello que es nominado “Escuela” en los relatos aquí estudiados es una institución precisa, con sus jerarquías, su sede y su inscripción en organismos de los que depende. Otra prueba de ello se deduce del siguiente fragmento:

“Entonces, ya concluida la experiencia analítica, se trataba de un cambio de marco para el parlêtre, habiendo atravesado el umbral: la Escuela del pase y los carteles, que es la Escuela de Lacan, en una decisión sin Otro, en un cálculo de un tiempo y espacio propios. Un cambio de marco que es también hoy el que da la Escuela Una, también Una sin Otro, en el seno de la AMP” (Fefer, 2001a: p.33).

Queda claro en los pasajes recién comentados que la significación que cabe asignar a la Escuela en los testimonios es menos conceptual que institucional. No sólo se naturaliza así un objeto determinado de deseo, sino que ese objeto es la misma institución que ampara el análisis y en cuyo seno éste discurre. Más radicalmente, la transformación de la Escuela en figura constituyente de la constelación subjetiva, es elevada al rango de elemento ineludible, ineliminable, cuya realidad trasciende las restantes investiduras e inscribe al sujeto en una tradición y un destino: “La otra consecuencia fue la de pensar el pase como destino del amor de transferencia, que permite verificar dos cosas: a). No hay liquidación de la transferencia, sino que ella se anuda a la Escuela, al porvenir del psicoanálisis y a su transmisión. En ello encuentro una de las vías de lo nuevo en el amor.” (Dargenton, 2000a: p. 31)¹². Todo parece desembocar en la responsabilidad por el porvenir del psicoanálisis conjugado a la constitución de un amor cuyo mediador es La Escuela.

IV. b. Ahora bien, la Escuela no aparece solamente como objeto de deseo y destino de un análisis, sino como Otro al que se dirigen los testimonios en virtud de su habilitación para valorar y sancionar el contenido de los relatos. Es decir que la Escuela es a la vez la instancia institucional encargada de evaluar y poner a prueba los testimonios y el elemento que, según la teoría repetida insistentemente en y por medio de esos mismos testimonios, debe necesariamente coronar el final del análisis.

“Nosotros podríamos escribir pase diciendo que es la política institucional, y que implica la organización de un dispositivo que permitirá el *reconocimiento* de los análisis de las personas que se presentan a ese dispositivo. (...) Fundamentalmente, a través de la *verificación de la aparición del deseo del analista articulado al entusiasmo*, será otorgado el título de AE o no a quienes se presenten. Pero, de todas formas, esto implica que la política de la institución es el pase - esta es una frase que Miller formuló en Caracas. También la política de la dirección de la cura es el pase”. (Horne, 1997: p. 44; el destacado es nuestro)

Esta idea aparece más o menos reiterada en esta otra frase: “El dictamen del Cartel del Pase, hizo posible *comprobar* hasta qué punto la nominación como Analista de Escuela, es acontecimiento para un Sujeto” (Fefer, 2000: p. 26; el destacado es nuestro).

Advertimos entonces que se trata no sólo de instituir un vínculo con La Escuela como horizonte y deseo cualificado del final de análisis, sino también que esa Escuela es simultáneamente aquella instancia susceptible de legitimar o no, reconocer o no, la aparición de un deseo. Le es atribuida la potestad de comprobar, verificar y reconocer la emergencia de una disposición afectiva, un deseo de analista entusiasta. Es, por lo tanto, fin, sentido y juez del proceso. Por todo ellos es imprescindible dilucidar la función de dicho concepto: ¿Es la Escuela un medio para la realización de algo que la excedería, que, en última instancia la trasciende y que es la subjetividad definida como las condiciones de singularización de un in-

dividuo, o es por el contrario el horizonte y arcano de todo análisis? El hecho de que el pase sea simultáneamente elevado al rango de política de la institución y dirección de la cura, y que acceda al estatuto de lo que acomuna causando a los individuos, pareciera hablar en favor de un movimiento que se constituye fuertemente alrededor de una forma de gregarismo. Nótese con claridad: se homologa por medio del concepto de pase política de la institución con política de la dirección de la cura, a la par que se constituye como principio común de causación. Esta vertiente es llevada al extremo por la analizante-analista en cuyo testimonio -ya citado- habita la presuposición que en el horizonte de todo análisis subyace una relación a La Escuela¹³. En un testimonio posterior, la misma analizante se refería al asunto del siguiente modo: “En ese umbral se produjo un espacio, efecto de la experiencia de lo real que pasó haciendo trazo. Ese efecto devino la Escuela como concepto y como sujeto para el parlêtre. Como resonancia y razón” (Fefer, 2001a: p. 32). Estas dos citas ilustran con claridad que en el testimonio, dirigido obviamente a los miembros de la escuela, se plasma la desembocadura de un proceso de subjetivación merced al cual el sujeto queda prendado a un mandato institucional, atado a los destinos corporativos de la instancia que, primero, solventa las amarraduras teóricas e identificatorias de su quehacer, y segundo, legitima ese mismo testimonio. De hecho, es cuanto menos extraño este proceso, en el cual la institución se encuentra en condiciones de juzgar hasta qué punto ella ha devenido y se ha constituido en causa de deseo para un individuo. ¿Qué operación conceptual podría desmentir que esta modalidad no hace sino erguir una nueva mirada que vigila la realidad deseante de los analizantes?

V. CODIFICACIÓN TEÓRICA DE LA EXPERIENCIA

La reiterada aparición de la Escuela como uno de los ingredientes esenciales y compartidos de los testimonios delata no solamente cuán problemático resulta que una presunta experiencia de destitución de identificaciones se salde con una promesa de fidelidad institucional, sino que asimismo introduce un segundo rasgo igualmente llamativo. Nos referimos con ello al lugar que le es asignado al saber en tales discursos. Tal problemática merece su desglose en diversas perspectivas. Primero, la mera referencia al concepto Escuela en tanto horizonte o derivación de la experiencia realizada plantea el interrogante esencial: ¿qué significa que un concepto cifre o resuma un avatar de subjetivación? Ello quizá pueda ser respondido en base a una consideración del funcionamiento mismo del dispositivo del pase. La Escuela no es solamente el horizonte del análisis sino que, siendo aquella instancia que legitima la aparición del deseo, suscita la necesidad de expresar la experiencia subjetiva y singular del análisis en términos de una conceptualización teórica. Esto es lo que pareciera estar en la base de este extraño fenómeno que tiene a individuos hablando de sí mismos en términos teóricos.

Segundo, la temática del saber ha de ser abordada merced a un comentario de un rasgo repetitivo: la sa-

turación de teoría en el discurso que debería dar cuenta de esta experiencia singular. Resulta extraño, cuando no paradójico, que un dispositivo que detenta un saber-hacer de la singularidad y de la subjetividad, acabe produciendo un régimen de enunciados en los cuales reaparece el mismo código formal y abstracto pero ahora en voz de quienes lo han atravesado. Es decir que se tiene como efecto que un saber formal y conceptual acaba por ser el medio a través del cual los sujetos se explican quiénes son y por qué son aquello que son. Esta observación es doblemente válida si recordamos que según el saber psicoanalítico -sobre todo aquel que surge de la tradición francesa- el lenguaje es el medio material en el cual una transformación puede ser producida. Y es aquello a lo que el sujeto se aliena en su constitución misma. Esto quiere decir que la proliferación de citas, referencias teóricas, paráfrasis eruditas, utilización constante de conceptos y topos técnicos y especializados al interior de los testimonios, lejos de ser una característica estilística sin importancia, es realmente una expresión sintomática. Esta invasora presencia de la teoría se explicaría en parte por la doble función de estos testimonios. Por un lado, una función consagratória, pues quien habla ha accedido a un status privilegiado dentro de la institución, y en tanto tal es detentador de un saber y del derecho a una nueva enseñanza. Por otro lado, función pedagógica, cuya mención nos conduce a interrogar el estatuto mismo de estos testimonios. ¿De qué dan cuenta, sobre qué hablan? ¿Intentan transmitir la experiencia del análisis, los vaivenes de una transformación subjetiva? ¿O persiguen más bien dar cuenta de una apropiación legítima de saber, procurando validar y demostrar que el sujeto hablante se ha constituido como un representante viviente de la teoría? Difícil sería negar que estos testimonios muestran a un sujeto que es ahora encarnación y manifestación de la verdad de la teoría, de una teoría de la que ahora él está hecho, que lo ha moldeado. Asimismo dado que este pasaje es inseparable de un momento consagratório y que otorga una cierta habilitación a los sujetos que lo transitan con éxito, no podrá producir otra cosa que un conjunto de estrategias discursivas orientadas a enfatizar o inventar los signos que darán cuenta de que verdaderamente son buenos pretendientes para lo que se proponen. O más sencillo, la realidad del testimonio queda opacada por la dimensión estratégica que le es inherente en el marco de una política institucional.

Así, los testimonios por momentos parecen discurrir no tanto sobre las peripecias de una práctica de subjetivación, no tanto sobre lo que un sujeto puede decir sobre cuanto le sucedió en su experiencia de análisis, sino más bien sobre la forma en que ha internalizado un saber complejo. Esta operación es resumida emblemáticamente a través del sintagma, quizá paradójico, de “testimonio conceptual” forjado por una de las analistas:

“Cada vez que un AE testimonia ante la comunidad analítica (...) ofrece su trabajo de elaboración conceptual sobre los puntos cruciales a los que él mismo ha llegado en su propia experiencia analítica concluida. (...) Pero lo que es fundamental y hace a la especificidad de su ex-sistencia en la Escuela, es que cada vez que un AE ofrece un testimonio conceptual...” (Fefer, 2001b: p. 33).

Hallamos una paradoja en la pretensión de superponer lo testimonial -referido siempre a la enunciación de una experiencia vivida, singular y circunstanciada- con el marco conceptual que organizó y produjo transformaciones. Es cierto que al fin y al cabo aun el testimonio más ingenuo, más despojado de teoría, estará teñido o impregnado por nociones, contenidos ideológicos, supuestos; empero, en el material en cuestión sucede algo distinto, pues la mentada superposición tal vez delata que a fin de cuentas lo testimoniado es inseparable tanto de un saber al que el yo se identifica, como del proceso mismo de esa alienación. Es discutible si efectivamente es la teoría aquello que se nutre de cada experiencia, haciendo funcionar el caso como la ocasión para la producción de una diferencia en el saber, forzando una modulación del conocimiento preexistente. Por el contrario, es la teoría lo que se verifica y se afirma en su realidad en la experiencia de cada pasante. O peor, es cada experiencia lo que aparece constatando un saber ya formulado. En tal sentido, en la práctica y ejercicio del testimonio se hace coincidir al máximo la propia experiencia, el propio saber sobre lo sucedido, con las estructuras teóricas que, por otra parte, sostienen y organizan la propia práctica y ejercicio del psicoanálisis. Innumerables ejemplos permitirían ilustrarlo; bástenos con recordar un fragmento del testimonio de un analista, en cuyo final el sujeto, luego de comentar de qué modo lo imprevisible del pase se relaciona con las matemáticas, relata un sueño ocurrido antes de su encuentro con los pasadores, en el cual se trata de un examen de matemáticas. Y al respecto comenta:

“Sin embargo el sueño muestra algo más estructural. Muestra cuál es la posición del pasante que va a presentar su n° PI, al que él ha llegado, con la reducción de su síntoma a un signo. (...) El “examen de matemáticas” del sueño es entonces el Pase mismo, pero es también la posición en que queda el sujeto frente a un real fuera de sentido con el que tiene que hacer algo” (Tarrab, 2007).

En tal sentido, cabe conjeturar que las nociones y conceptos de la teoría acaban por ser el molde al que un pasaje singular por el dispositivo debe adecuarse; aquellos no solamente determinan latiguillos y giros del testimonio, sino que terminan por confundirse con el material testimoniado. Estas consideraciones permiten sospechar que no sin lógica el tramo final de un análisis sea equiparado a la creación de una nueva conciencia (Fefer, 2001b: p. 40)¹⁴. Conciencia que paulatina y sigilosamente se va creando en los sujetos, y para los cuales dispone una determinada sensibilidad.

Así es como se puede constatar la fuerte presencia de un sintagma, cuya fórmula “*en aquel momento no sabía o todavía no sabía*”, indica que existe algo a ser aprendido, y cuyo contenido no es un movimiento de la experiencia, sino una fórmula teórica aplicada. El caso del siguiente fragmento muestra singularmente la operación conjunta de todas estas dimensiones:

“Mi relación con el saber psicoanalítico en ese momento era débil. Débil en tanto me hallaba en un momento de renegación del saber sobre la castración, bajo la forma de una disputa con el padre. La estructura institucional que mejor se avenía a ese rasgo era una estructura de grupo, con un líder al

cual identificarse, que obturara entonces lo insoportable de la pregunta por mi deseo. Así es como decido apostar a un pequeño grupo, y no a la Escuela, cuya fundación fue un acontecimiento para mí”. (Dassen, 1997b)

Se perfila así una retórica que divide las aguas, entre una relación débil al psicoanálisis y su saber, explicada en términos de renegación del saber sobre la castración -y por lo tanto propicio para un tipo de lazo que obtura la realización al deseo-, y la Escuela, verdadero acontecimiento, inmediatamente asociado a una realización del deseo y a la advertencia de una iluminación del saber que trasciende la renegación. Y, curiosamente, todo este proceso de producción subjetiva es explicado total y absolutamente en términos teóricos. Como si de lo que se tratara fuese de encontrar hacia el final lo que la teoría ya había prometido, y aquello que al comienzo estaba esencialmente separado del sujeto.

VI. PALABRAS FINALES

En una entrevista aparecida en noviembre de 1975 Michel Foucault emite acerca del psicoanálisis una serie de declaraciones que podemos retomar aquí a los fines de ensayar un cierre para nuestro trabajo. Hallamos en esos enunciados dos dimensiones que quisiéramos trasladar a nuestra inquisición. La primera es de índole metodológica, y se trata de un fragmento en el cual nuestro autor establece con claridad su modo de aproximación a la disciplina psicoanalítica:

“...actualmente los psicoanalistas me acusan de no hablar del psicoanálisis (...) De hecho, me encantaría hablar sobre él, y en cierto sentido yo hablo del psicoanálisis, pero me gusta hablar de él desde “afuera”. Creo que no debemos caer en la trampa, por otro lado antigua, montada por Freud mismo, que consiste en decir que desde el momento en que nuestro discurso penetra en el campo psicoanalítico, caerá sobre nosotros la dominación de la interpretación psicoanalítica. Deseo permanecer en situación de exterioridad de cara a la institución psicoanalítica, reubicarla en su historia, al interior de los sistemas de poder que la subtienden” (Foucault, 1975; p. 815)

¿Por qué vemos definirse allí una senda metodológica que sirve para encaminar nuestra empresa? La respuesta es sencilla. Creemos que, al menos en lo que concierne al asunto que nos interesa, es preciso sostener la legitimidad de una mirada que se detiene sobre la práctica freudiana sin por ello precipitarse en la falsa exigencia de transcribir los fenómenos en lenguaje psicoanalítico. No sólo es válido sino también imperioso estudiar las relaciones de poder, las técnicas de subjetivación (avasallantes o liberadoras) promovidas por el análisis, usando para ello las herramientas de exégesis que mejor se presten para dicha tarea. Creemos, primero, que los textos mismos de Michel Foucault definen instrumentos de análisis

adecuados para un fin como éste, y segundo, que los conceptos de cuño freudiano no solamente resultan impropios para esa meta, sino que asimismo pueden abortar la tarea, pues fuerzan al discurso a un diálogo recursivo que sólo aprehende lo que se amolda a sus prescripciones. En nuestro estudio en particular, consideramos que esta última alternativa no permitiría más que comentar los testimonios del pase en términos de su mayor o peor adecuación a la pureza de la teoría que los atraviesa. Por el contrario, esperaríamos haber demostrado que una lectura que prescinde de esa fidelidad a la letra freudiana -necesaria en otro tipo de abordaje-, y que se nutre en cambio del espíritu de la última enseñanza de Foucault, saca a la luz procesos de subjetivación y alienación que de otro modo habrían permanecido en las sombras.

El segundo punto que Foucault comenta en esa misma entrevista de 1975 hace al núcleo de nuestro texto.

“El ejercicio del poder que se desarrolla al interior de la sesión psicoanalítica debería ser estudiado, y jamás se lo estudió. Y el psicoanalista (...) se niega. Considerando que aquello que sucede entre el diván y el sillón, entre aquel que está acostado y el que está sentado, entre aquel que habla y el que dormita, es un problema de deseo, de significante, de censura, de superyó, problemas de poder al interior del sujeto - pero nunca una cuestión de poder entre uno y otro. (Foucault, 1975; p. 814)

De hecho, estudiar el tipo de subjetividad que develan los testimonios del pase es inseparable de una preocupación por el modo en que ciertas relaciones de poder atraviesan la experiencia del análisis. Más aún, una de las posibles conclusiones de estas páginas es que la “subjetivación analítica” narrada por el material testimonial no es sino el recuento de la manera en que los sujetos se vieron enfrentados a flujos de poder. Así, aquello que resulta problemático y digno de una revisión crítica es que una experiencia psicoanalítica, presuntamente capaz de destituir o cuestionar las identificaciones, tenga por desenlace un discurso testimonial en el cual, primero, cobran singular relevancia las insignias yoicas de pertenencia corporativa; y segundo, el sujeto de la enunciación aparece confundido con la teoría que cimentó la práctica¹⁵.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

ALLOUCH, J. (2007) *El psicoanálisis, ¿es un ejercicio espiritual? Respuesta a Michel Foucault*. Córdoba: Ediciones Literales.

BARROS, M. (1996) "Un acontecimiento que tuvo lugar. Entrevista a Bernardino Horne". *El caldero de la escuela*, Junio, 1996, pp.17-23.

BIRMAN, J. (2007) *Foucault y el psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.

COTE, A. (2004) *Foucault avec Lacan*. Université Paris VIII. Tesis doctoral inédita, defendida en junio de 2004.

D'ANGELO, L. (1998) "Más allá del Padre... (El pase y la conclusión de análisis)". En AA.VV. (1998) *Pase y Transmisión 1* (pp. 57-74). Buenos Aires: EOL.

DARGENTON, G. (2000a) "Subjetivar la Escuela". En AA.VV. (2000) *Witz y Matemas* (25-31). Córdoba: EOL.

DARGENTON, G. (2000b) "Hasta el colmo del sentido". *El caldero de la escuela*, Julio 2000, pp. 40-47.

DARGENTON, G. (2001) "El pase: una lectura imposible". *El caldero de la escuela*, Marzo/Abril 2001, 21-24.

DASSEN, F. (1997a) "Apropiarse de la interpretación del inconsciente". *El caldero de la escuela*, Marzo-Abril, 1997, pp. 28-31.

DASSEN, F. (1997b) "Por qué la Escuela" Disponible en: http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_pase&SubSec=testimonios&File=testimonios/dassen_porque.html (consultado el 15 de Marzo 2009).

DELEUZE, G. (1986) *Foucault*. Buenos Aires. Paidós; 2005

FEFER, L. (2000) "Eso que pasa". *El caldero de la escuela*, Noviembre/Diciembre 2000, 26-33.

FEFER, L. (2001a) "Una inflexión en el umbral". *El caldero de la escuela*, Marzo/Abril 2001, 24-33.

FEFER, L. (2001b) "«Un árbol trasplantado» Un nuevo testimonio conceptual: la vía sintomática". *El caldero de la escuela*, Noviembre 2001, 33-42.

FEFER, L. (2003) "La singular hermandad". En AA.VV. (2003) *Pase y Transmisión* (pp. 51-54). Buenos Aires: EOL.

FEFER, L. (2004) "Pasar la palabra" En AA.VV. (2004) *Pase y Transmisión* (pp. 71-81). Buenos Aires:EOL.

FOUCAULT, M. (1973) "En guise de conclusion". En Foucault, M. (1994) *Dits et écrits*, Tomo II (pp. 416-419). París: Gallimard.

FOUCAULT, M. (1975) "Michel Foucault. Les réponses du philosophe". En Foucault, M. (1994) *Dits et écrits*, Tomo II (pp. 805-817). París: Gallimard.

FOUCAULT, M. (1984a) *Historia de la sexualidad, 2 El uso de los placeres*. México: Siglo XXI; 1999.

FOUCAULT, M. (1984b) *Historia de la sexualidad, 3 La inquietud de sí*. México: Siglo XXI; 1999.

FOUCAULT, M. (1984c) "Interview de Michel Foucault". En Foucault, M. (1994) *Dits et écrits*, Tomo IV (pp. 656-667). París: Gallimard.

FOUCAULT, M. (2001) *La hermenéutica del sujeto*. México: FCE; 2002.

FREDA, F. (1997) "Del pase al contrapase". En AA.VV. (1997) *Enseñanzas del pase* (pp. 95-110). Buenos Aires: EOL.

FREUD, S. (1912) "Consejos al médico sobre el tratamiento". En Freud, S. (1999) *Obras Completas*, Volumen XII (pp. 107-119). Buenos Aires: Amorrortu.

GONZÁLEZ TÁBOAS, C. (1999) "El pase, en la Escuela". *El caldero de la escuela*, 68, mayo 1999, pp. 28-31.

HORNE, B. (1997) "Finalmente el síntoma". En AA.VV. (1997) *Enseñanzas del pase* (pp. 43-63). Buenos Aires: EOL.

LACAN, J. (1967a) "Proposición del 9 de Octubre de 1967. Primera versión". *Ornicar?*, 1, 1981, 11-30.

LACAN, J. (1967b) "Discours à l'EFPP" *Scilicet* 2/3, pp.9-29.

LACAN, J. (1969) «Proposición del 9 de octubre de 1967. Sobre el psicoanalista de la Escuela. Versión definitiva». En Lacan, J. (1992) *Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica* (pp. 7-23). Buenos Aires: Manantial.

LACAN, J. (1973) "Sobre la experiencia del pase". *Ornicar?*, 1, pp. 31-40.

LACAN, J. (1978) «Intervention conclusive aux assises de l'EFPP à Deauville : «L'expérience de la passe» », en *Lettres de l'École*, 23, p. 180-181.

LACAN, J. (1967b) «Une procédure pour la passe ». *Ornicar?*, 37, p. 7-12.

LAGRANGE, J. (1987) "Versions de la psychanalyse dans le texte de Foucault", *Psychanalyse à l'Université*, Tome 12, N° 45 y 46, pp. 99-120 y 259-280.

LEOPOLD-LÖWENTHAL, H. (1990) "Le procès de Theodor Reik". *Revue Internationale d'Histoire de la Psychanalyse*, 3,

1990, 57-69.

NASPARTEK, F. (2007) "Testimonio 2". En Naspartek, F. (2007) *El pase. Una experiencia de Escuela* (pp. 33-38). Buenos Aires: Grama-EOL.

SÁNCHEZ-BARRANCO RUIZ, A., SÁNCHEZ-BARRANCO VALLEJO, P. & BALBUENA RIVERA, F. (2002) "El análisis no-médico, ¿una controversia superada?". *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 82, 4-20.

TARRAB, M. (2007) "Entre el relámpago y la escritura". Disponible en http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=el_pase&SubSec=testimonios&File=testimonios/tarrab_entre.html (consultado el 15 de marzo de 2009)

VALLEJO, M. (2006), *Incidencias en el psicoanálisis de la obra de Michel Foucault. Prolegómenos a una arqueología posible del saber psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva.

VETÖ, S. (2008) *La question du témoignage dans les récits d'analyse des psychanalystes et dans le dispositif de la passe*. Tesis de Maestría, Maestría en Psicoanálisis, Universidad París 8. Inédita.

NOTAS

¹Más allá de la creciente aparición de textos a ese respecto, las páginas de Lagrange continúan siendo las más esclarecedoras (Lagrange, 1987). Véase asimismo (Vallejo, 2006).

²En tal dirección, el trabajo realizado por el psicoanalista francés Jean Allouch es hasta el presente el intento más firme por fundamentar ese entrecruzamiento (Allouch, 2007). Podemos mencionar también algunos fragmentos del libro de Joël Birman, pero ellos son mayormente tentativos e inciertos en lo que atañe a esa temática (Birman, 2007; pp. 95-97). Por último, las consideraciones que Armando Cote hace acerca de esa confluencia son poco precisas, y no hacen más que reducir sesgadamente los desarrollos de Foucault a un lenguaje lacaniano (Cote, 2004; pp. 178-190).

³En un texto que de por sí presenta con mucha claridad el funcionamiento práctico del pase, Lacan afirma: "Se trata de una Escuela, y no de una escuela ordinaria, si cada uno de ustedes no es responsable ante sí mismo, ella no tiene ninguna razón de ser. Y su responsabilidad esencial [de la Escuela] es hacer avanzar el análisis y no constituir un asilo de jubilados [maison de retraite] para los veteranos. (...) Nosotros queremos (...) camaradas que presten servicio, y no gente que

edifique su posición". (Lacan, 1967b: p.8). Respecto del mismo asunto, recordemos que Lacan muchas veces repitió, en vistas a socavar el funcionamiento amparado en la mera anti-güedad, que en el procedimiento del pase el rol esencial recae en los analizantes jóvenes (pasadores), es decir en quienes no han accedido al título formal de Analista de Escuela (Lacan, 1967c: p. 15).

⁴"La función de la identificación en la teoría -su prevalencia-, como la aberración de reducir a ella la terminación del análisis, está enlazada a la constitución que dio Freud a las sociedades" (Lacan, 1967a: p. 26).

⁵"Habría que saber reparar en las cosas de las que no hablo: nunca hablé de formación analítica, hablé de formaciones del inconsciente. No hay formación analítica. Del análisis se desprende una experiencia, a la que es completamente errado calificar de didáctica. La experiencia no es didáctica. ¿Por qué creen, si no, que procuré borrar por completo el término "didáctico", y que hablé de psicoanálisis puro?" (Lacan, 1973: p. 37).

⁶Aclaremos, asimismo, que hemos estudiado solamente los testimonios de los analistas que realizaron exitosamente la experiencia del pase, es decir que lograron acceder al *status* de Analista de Escuela. Por último, el *corpus* analizado en nuestra investigación incluye los testimonios producidos hasta finales del 2008.

⁷En vistas a desarrollar nuestras hipótesis, y dado que se trata de un material que pocos han leído, nos permitiremos citar largos pasajes textuales de los testimonios.

⁸La operatoria de esa mediación se evidencia en el siguiente fragmento: "En el momento que decido hacer el pase lo que pesa, es el deseo de verificar el fin de análisis, y también el de entrar a la Escuela" (Dassen, 1997: p. 29).

⁹Una vertiente de análisis que aquí no ampliaremos podría estar constituida por el estudio de la coherencia interna de los enunciados que inscriben a la Escuela como objeto, sea de la índole que fuere. ¿No significa acaso una banalización de los conceptos lacanianos construir el sintagma "deseo de pase", siendo que de esa forma se presupone como objeto de deseo algo que difícilmente pueda estar implicado en la definición estricta que da Lacan? Otro tanto podría decirse de un enunciado como el que sigue: "El destino de ese deseo y de esa escritura, ya lo conocen, fue al único lugar posible que estaba en espera de ese modo nuevo de relación a la pulsión: La Escuela" (Dargenton, 2000b: p. 46).

¹⁰Nótese el modo en que la teoría aparece siendo lo constatado en un análisis, y al mismo tiempo su principio de explicación. Pareciera tratarse de una iluminación, como si en la experiencia se revelara la realidad de la teoría (es lo “éxtimo”). Es decir se produce un saber a partir del cual los sujetos se explican lo que les sucede. Volveremos a ello más adelante. Una idéntica aserción hallamos en el testimonio de otra analista, que se dice a sí misma: “Es cierto que esta Escuela, fundada por el Acto de Lacan, era tu Escuela; de ahora en más, puesto que eres un producto de la formación que ella dispensa, *tú te debes a ella*” (González Táboas, 1999: pp. 30-31; cursivas en el original).

¹¹Idea reiterada casi explícitamente en el siguiente texto: “Para cada uno que haya hecho la experiencia de ese vaciado de la estructura como efecto de su análisis, para un-analista sobre el fondo de un “no hay el analista”, la Escuela germina allí como Una como extimidad; como la alteridad de cada uno, lo cual implica que lo que se ha vaciado deja el lugar, la horma. La Escuela Una en el horizonte y en el corazón de cada análisis como experiencia de lo real, germina en él y es su germen” (Fefer, 2004: p. 78).

¹²La misma idea es planteada por otra analista en su testimonio: “Como AE de la AMP sigo sin encontrar otro destino para el amor de transferencia que el trabajo que me anuda con mi nuevo partenaire, la Escuela del Pase que sigue la orientación de Lacan y ante la cual he querido testimoniar para hacerme responsable de su progreso...” (D’Angelo, 1998: p. 73).

¹³Puede consultarse otro texto para constatar y verificar hasta qué punto todo un testimonio puede articularse alrededor del asunto de la Escuela (Dargentón, 2000a).

¹⁴Si bien, como hemos dicho, no pretendemos realizar un análisis del coeficiente de coherencia existente entre la teoría y la práctica del psicoanálisis, quisiéramos dejar planteado un interrogante: ¿Cuáles han sido las discusiones teóricas que han permitido que el testimonio del pase, que en el pensamiento de Lacan debía quedar en manos de los pasadores -puesto que el analizante no podría jamás dar cuenta del movimiento por medio del cual se constituye como analista-, recayera justamente sobre aquel que solicita el pase? (ver Lacan, 1967a: p. 24; 1967b; 1969). En efecto, y tal y como ha sido trabajado recientemente por una autora (Vetó, 2008), Lacan insiste en la función de mediación cumplida por los pasadores, pues ellos deben testimoniar, ante el jurado que decidirá si efectivamente ha habido fin de análisis, lo que ha sido testimoniado por el sujeto de experiencia. ¿No es posible conjeturar que esa precaución de Lacan perseguía precisamente evitar el fenómeno

que hemos analizado? Dado que el fin último de todo el dispositivo, sobre el cual no importaba insistir en esta oportunidad, es la obtención de un saber formal acerca de la conclusión de cada análisis (ver Lacan, 1978), es de todo punto de vista comprensible que en los textos de Lacan el testimonio *princeps* es el efectuado por quienes no han vivido la experiencia -de hecho, en sus escritos el testimonio del pasante sirve solamente a los fines de que el relato testimonial de los pasadores tenga lugar-; bajo su lógica, a mayor distancia respecto de lo vivenciado, mayor probabilidad de desembocar en un saber formalizado. En tal sentido, por su perfecta elocuencia adquiere valor sintomático la declaración que hallamos en uno de los testimonios estudiados: “...el AE, en este caso yo, va a necesitar mucho de ustedes durante tres años para poder comprobar si de esta experiencia se puede extraer algo; no es seguro que se pueda obtener otra cosa que el simple hecho de relatar la experiencia” (Freda, 1997: p. 95).

¹⁵Este último elemento guarda seguramente relación con otro rasgo del psicoanálisis criticado por Foucault: “El psicoanalista tiene puntos en común con el chamán de las sociedades primitivas. Si el cliente da crédito a la teoría practicada por el chamán, aquel puede ser ayudado. Lo mismo sucede en el psicoanálisis. Lo cual implica que el psicoanálisis opera siempre con mistificación, porque él no puede ayudar a nadie que no crea en él, lo cual suponer relaciones más o menos jerárquicas” (Foucault, 1984c: p. 666).